



Acontecimientos que nos commueven profundamente. Llamamiento de cristianos y judíos por una palabra de discernimiento y de paz

01.02.2026 | Miembros de comunidades judías y cristianas

La siguiente declaración, escrita por un grupo de personas comprometidas en el diálogo entre judíos y cristianos, llama al discernimiento y a los matices en el discurso y el análisis de los cristianos sobre la situación en Israel desde el 7 de octubre de 2023.

Declaración de miembros de comunidades judías y cristianas 15 de enero de 2026

Al inicio de este nuevo año civil, cuando la situación en Israel parece atravesar una pausa —que, sin embargo, sigue siendo preocupante en muchos aspectos—, consideramos necesario ofrecer algunas reflexiones sobre los discursos y análisis que han circulado y continúan circulando en torno a este conflicto.

Nosotros, miembros de comunidades judías y cristianas, que vivimos en Israel o en otros lugares, expresamos nuestra profunda conmoción y nuestra compasión ante el sufrimiento humano causado por las masacres del 7 de octubre de 2023 y por la violencia que posteriormente se desplegó en la región, afectando gravemente tanto a las poblaciones judías como palestinas. Condenamos las violencias terroristas indiscriminadas dirigidas contra la población civil —mujeres y niños— con independencia de quiénes sean sus autores. A este sufrimiento se añade hoy su instrumentalización con fines ideológicos, que confunde y obstaculiza el discernimiento. El hecho de que estos relatos encuentren eco incluso en algunos ámbitos cristianos nos preocupa profundamente y nos lleva a considerar necesario alzar la voz.

Hablamos en conciencia, con gravedad y responsabilidad. Este sufrimiento nos afecta, nos interpela y nos compromete moralmente. Exige palabras justas, pero también una vigilancia reforzada en la manera misma de hablar, pues todo discurso religioso puede abrir caminos de sanación o, por el contrario, profundizar las heridas. Es precisamente en nombre de esta exigencia moral que no podemos permanecer en silencio. Las tradiciones judía y cristiana enseñan que la verdad exige humildad, es decir, el reconocimiento de nuestros límites, de nuestros puntos ciegos y de nuestra incapacidad para abarcar por nosotros mismos toda la complejidad de la realidad.

Nos inquieta especialmente el uso reiterado del término genocidio, incluso en medios y contextos cristianos, como acusación definitiva contra Israel. Tal calificación compromete tanto nuestra conciencia moral como nuestra responsabilidad colectiva, y debe ser abordada con rigor y discernimiento, a fin de prevenir abusos o manipulaciones, proteger la memoria de las víctimas reales y evitar la banalización de un término que, de lo contrario, acabaría privando a las víctimas de una protección efectiva. La prudencia exige, por tanto, no convertir una acusación grave en una certeza absoluta ni instrumentalizarla como si se tratara de un eslogan fácil y simplificador, pues confundir la indignación moral con la calificación jurídica debilita tanto la justicia como la credibilidad del derecho y de la palabra religiosa.

Nos alarma asimismo que se esencialice el sionismo, el Estado de Israel y, por extensión, a los judíos en general, presentándolos como intrínsecamente coloniales, racistas o criminales. Tal enfoque se niega a reconocer la pluralidad de historias, experiencias y conciencias. Del mismo modo, dentro de la sociedad israelí —incluidas las comunidades cristianas del país— muchos se consideran parte integrante de Israel y participan plenamente en la vida del Estado. Estas realidades, a menudo invisibilizadas, recuerdan que ningún pueblo puede reducirse a una sola voz ni a una postura única. Para muchos de nosotros, judíos y cristianos vinculados a Israel, el sionismo abarca relatos múltiples, a veces contradictorios, marcados por el exilio, las persecuciones, la Shoá, la búsqueda de refugio, pero también por aspiraciones diversas a la seguridad, la justicia y la paz. Reducir esta pluralidad a una única ideología del mal equivale a negar trayectorias humanas complejas y a hacer imposible cualquier diálogo.

Resulta esencial recordar que la Iglesia católica, a través de la Santa Sede, ha reconocido explícitamente el vínculo histórico y ancestral del pueblo judío con la Tierra de Israel. Este reconocimiento se fundamenta, en particular, en la declaración Nostra Aetate del Concilio Vaticano II, que rechaza toda teología de la sustitución y afirma la permanencia del pueblo judío en la historia de la salvación. En el plano político, ello condujo de manera coherente al reconocimiento diplomático del Estado de Israel en 1993, constituyendo el reconocimiento político de la soberanía recuperada del pueblo judío sobre su tierra, proclamada en 1948 y validada por la comunidad internacional mediante su admisión en las Naciones Unidas. Bajo los pontificados sucesivos de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, la Santa Sede ha reiterado que el pueblo judío no es un pueblo extranjero ni colonial en esta tierra, sino que mantiene con ella un vínculo histórico profundo, independiente de cualquier evaluación crítica de las políticas de un gobierno concreto. Recordar esto no implica negar ninguna injusticia sufrida por otras poblaciones, sino que responde a un discernimiento fiel a la verdad histórica y a los fundamentos del diálogo judeocristiano.

Al examinar los acontecimientos actuales, es esencial no dejarse arrastrar por la emoción provocada por las imágenes y los relatos, sino ejercer un discernimiento atento y mantener una humildad constante, sin reducir la complejidad humana e histórica a una oposición rígida y maniquea entre opresores y oprimidos. Reconocer la complejidad de la situación no equivale a desentenderse, sino a rechazar todo compromiso simplista o reductivo. La simplificación congela identidades, estereotipa a los grupos y encierra a los pueblos en papeles fijos. La verdad sobre el terreno es siempre plural y matizada. La caridad, el amor y la compasión hacia todos deben guiar nuestra palabra y nuestra crítica, garantizando la defensa de la dignidad de todas las poblaciones sin borrar a ninguna de ellas.

Es particularmente importante evitar la confusión de registros distintos —material, político, histórico y teológico— que obedecen a lógicas diferentes y que pueden entrar en tensión cuando se habla de la Tierra de Israel. La cuestión no se reduce a determinar quién estuvo allí primero. El relato bíblico subraya claramente que la tierra de Canaán estaba habitada por diversos pueblos. Las tradiciones judía y cristiana nunca han reducido la tierra a una mera dimensión material; la tierra es también portadora de un significado espiritual, ético y simbólico. Para el pueblo judío, la dimensión histórica y física de su presencia en Israel es real y está documentada; forma parte constitutiva de su identidad y de su vocación. Negar esta realidad abre el camino a la negación de sus derechos y de su vínculo ancestral con esta tierra. Al mezclar los registros sin distinguirlos, o al truncarlos de manera selectiva, se priva a las tradiciones religiosas de su capacidad de contribuir de forma constructiva a los conflictos y a su superación.

Es igualmente necesario recordar la presencia histórica en la región de otros pueblos y minorías —en particular drusos, beduinos, samaritanos y otras comunidades— portadores de sus propias historias, que han elegido vincular su futuro al del Estado de Israel. El silencio en torno a estas poblaciones plantea una grave cuestión moral: ¿se consideran insignificantes sus derechos, su voz y su dignidad? Esta realidad, sin negar las injusticias persistentes ni idealizar las políticas

existentes, muestra que la situación no puede encerrarse en un único relato en el que un actor encarne todos los derechos y otro todas las culpas. La fidelidad a la dignidad humana exige reconocer a todas las comunidades, en su diversidad, sus derechos y sus sufrimientos, sin disolverlas en un relato reductivo que privilegie unas identidades en detrimento de otras.

Nos preocupa profundamente cuando una asimetría moral relativiza determinadas violencias mientras absolutiza otras, corriendo el riesgo de establecer una jerarquía de víctimas. Toda vida humana es sagrada. Los crímenes cometidos contra la población civil, sean cuales sean y vengan de donde vengan, deben ser nombrados, condenados y juzgados con la misma claridad moral, sin justificación ni relativización alguna. Es necesario combatir la radicalización de los relatos. Forma parte de nuestro deber ético ponderar los efectos concretos de las palabras que utilizamos. Una palabra que cierra los caminos del diálogo rara vez prepara la reconciliación que invoca, ni el perdón.

Reafirmamos nuestro compromiso inquebrantable con la dignidad y los derechos de todas las poblaciones de la región, reconociendo que cada pueblo porta una historia, una vocación y una responsabilidad propias. Este compromiso nos lleva, en particular, a respetar las aspiraciones legítimas del pueblo palestino, al tiempo que afirmamos el derecho del pueblo judío a la seguridad y al reconocimiento de su vínculo histórico y espiritual con esta tierra. Negarnos a elegir entre estos compromisos no es una postura cómoda, sino una exigencia moral y espiritual. Creemos que la justicia sin verdad se convierte en ideología, y que la verdad sin amor se convierte en violencia.

En estos tiempos oscuros, hacemos un llamado a los responsables religiosos y a las conciencias creyentes para que asuman una responsabilidad mayor. Nuestras palabras pueden apaciguar o incendiar, abrir caminos o cerrarlos de forma duradera. Fieles a nuestras respectivas tradiciones, optamos por seguir buscando juntos una palabra de verdad sostenida por la justicia, probada por el discernimiento y respaldada por el amor, sin el cual ninguna paz auténtica es posible. Así lo expresa el salmista: Así nos lo dice el salmista:

«De la tierra brotará la verdad,
y desde el cielo se asomará la justicia.
El Señor mismo nos dará bienestar,
y nuestra tierra rendirá su fruto.» (Salmo 85:11-12)

Que el nuevo año haga fructificar los esfuerzos de israelíes y palestinos que, desde hace largo tiempo, trabajan por relaciones pacíficas y constructivas y que, pese al deterioro de las relaciones, perseveran con valentía y fe. Merecen ser reconocidos, alentados y apoyados.

- **Padre Louis-Marie Coudray**, prior de la abadía benedictina de Notre-Dame de la Résurrection en Abu Ghosh.
- **Padre Luc Cornuaud**, abad de la abadía benedictina de La Pierre-qui-Vire.
- **Florence Taubmann**, ministra ordenada de la Iglesia protestante unida de Francia, miembro de la asociación Shalom Salam.
- **Chief Rabbi David Rosen**, KSG, CBE, copresidente internacional de Religions for Peace.
- **Prof. Dr. Christian M. Rutishauser**, SJ, profesor de Estudios Judíos y Teología, Universidad de Lucerna.
- **Dra. Thérèse Andrevon Gottstein**, Instituto Católico de París (ICP) y Elijah Interfaith Institute.
- **Prof. Donizetti L. Ribeiro**, asistente del superior general de los Hermanos de Sion, con sede en Brasil.

- **Prof. Dr. Roberta Ascarelli**, presidenta de la Federación de Amistades Judeo-Cristianas de Italia.
- **Prof. Jean-Dominique Durand**, presidente de la Amistad Judeo-Cristiana de Francia (AJCF).
- **Joël Thierry**, secretario general de la Amistad Judeo-Cristiana de Francia (AJCF).
- **Prof. Marco Cassuto Morselli**, presidente emérito de la Federación de Amistades Judeo-Cristianas de Italia.
- **Prof. Dr. Gavin D'Costa**, profesor en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino; profesor emérito en la Universidad de Bristol.
- **Rabbi Dr. Dov Maimon**, director de investigación del Jewish People Policy Institute (JPPI).
- **Yisca Harani**, directora del Religious Freedom Data Centre.
- **Dr. Tobias Wallbrecher**, miembro de la asociación Ricordiamo Insieme.
- **Friederike Pesch Wallbrecher**, miembro de la asociación Ricordiamo Insieme.
- **Rivka Spizzichino**, miembro de la asociación Ricordiamo Insieme.

Fuente: Declaración presentada por la Dra. Thérèse Andrevon Gottstein en nombre del equipo editorial. El texto está disponible como petición para firmar en el sitio web [change.org](https://www.change.org).